

cha, cuyo tejido fino y hermosamente pulido es de un color blanco argentado variado de verde, encarnado, azul, y de todos los cambiantes del iris. Es sabido que, despues de haber serrado, ú corroido con ácidos la capa exterior de las conchas para separar el nácar, se le da la figura que se quiere, y sirve para los muchísimos adornos en que emplean esta materia los Europeos.

Por la vista que presenta una ostra se puede juzgar, con mas ó menos probabilidad, si contiene perlas, ó si es estéril. Las que estan cubiertas de una costra espesa de tierra caliza, á que estan pegados zoofitos de toda especie, son las que estan en toda su sazón, y las que contienen perlas mas preciosas; y, al contrario, aquellas cuya superficie está lisa, quando mas, contienen semillas.

*Noticia del pueblo de Benin, leida en una junta pública del Instituto de Francia por el ciudadano Palissot-Beauvois.*

De todos los pueblos que habitan la costa occidental de la Africa equinoccial, nin-

guno es tan digno de ser conocido como el de Benin. La insalubridad del clima, que, en mi entender, es de los mas malsanos del globo, y el exemplo terrible de todos los navegantes que han llegado á aquellos lugares apestados, han retraido á todos los observadores de tal manera, que hace cerca de un siglo que no pisan aquella tierra sino tales quales comerciantes que van á comerciar en esclavos y en colmillos de elefantes.

Windham y Pinteado en 1553; Bird y Newton en 1558; Gotard Artus en 1600; David-Van-Nyendael á fines del siglo 17; y el Capitan Landolfo, á quien yo acompañé en 1786, son los únicos que sepamos haberse puesto á la cabeza de las expediciones para Benin: y casi todos estos han sido victimas de su zelo, y han tenido la desgracia de perder la mayor parte de sus tripulaciones. Este clima funesto se lleva en un instante los Europeos de toda edad y de qualquiera complexión que sean; y yo, en 15 meses que allá estuve, tuve tres gravísimas enfermedades. De 300 Franceses que desembarcamos perecieron mas de cinco sextos; y quando me ví necesitado á dexarlos queda-

ban seis mortalmente enfermos.

Yo, bastante afortunado para salir á salvo de tantos peligros, tuve tiempo de ver, estudiar y observar; bien que ahora, dexando á parte todas las menudencias, me ceñiré á pintar en grande el pueblo de Benin; pueblo realmente curioso, y que ofrece la mezcla mas extraña de dulzura, de bondad, de hospitalidad, y de un fanatismo tan desenfrenado, que tiene pocos exemplos en la historia.

El pueblo de Benin es ladron y supersticioso, y no hace escrúpulo de robar de noche lo que vendió de día, y cuyo precio ha recibido. Cree en dos seres superiores, el uno bueno, al qual nunca hace oracion porque solo espera bien de él; y malo el otro, al qual invoca para apartar el mal que puede hacerle. Creen estos hombres en las quimeras mas sobrenaturales; y es tal su supersticion que matan á sus semejantes, imaginando que, con regar sus ídolos ó genios con sangre humana, se hacen propicia la divinidad.

Estan sujetos á un Rey, del qual se consideran esclavos absolutos, y mas que

este Rey es mirado por sus vasallos como un semidios que puede vivir sin comer ni beber, y que, aunque ha de morir, está destinado para volver á la tierra despues de cierto tiempo. Los Beninos y los Negros de los pueblos comarcanos no le hablan sino en la postura mas humilde, de rodillas, con los ojos clavados en el suelo, y con la mano delante de la boca para no ofenderle con el aliento. Los Europeos gozan en este punto los mismos privilegios que los Príncipes de aquella tierra, y le hablan de pie y por medio de intérprete. Este ser extraordinario hasta en su muerte compromete la vida de muchos hombres, que, unos de grado, y otros por fuerza, son arrojados á un pozo muy profundo, en donde quedan depositados sus despojos mortales. El Rey de Benin no sale en público fuera de su palacio sino dos veces al año en los dos dias de la fiesta anual de que luego hablaré. Esto no quita que salga muchas veces de noche; y si por casualidad le encuentra algun Negro, se vuelve atras, ó se prosterna apartando la cabeza, porque la menor infraccion en esto, la menor mirada seria inme-

diatamente castigada de muerte.

El pueblo de Benin es en el fondo bueno y hospitalario; pero codicioso y vengativo. Por principio de religion no puede poner mano en un Blanco; pero no se detiene en envenenarle para robarle, ó para vengarse de él.

Hay quatro órdenes de Príncipes, llamados *Fidores*, condecorados con un collar de coral de uno ú de muchos hilos. Tienen fiestas nacionales y anuales, y algunas particulares y temporales. Las primeras son dos, la del coral y la de los ignames, y en ambas sacrifican animales y hombres; pero jamas sacrifican mugeres, ni hembra ninguna de ningun animal, ya sea por consideracion á la debilidad de un sexô destinado á sus placeres, ó ya por no interrumpir las leyes de la generacion.

Estos sacrificios constituyen la esencia de la fiesta del coral, cuyo objeto es la immersion de los collares del Rey, de los de sus mugeres y de los de los *Fidores*, en la sangre de las víctimas para pedir á la divinidad que haga que nunca falte esta preciosa produccion.

Aunque tambien hay sangre en la fiesta de los ignames; pero no es su principal objeto esta especie de sacrificios. El igname es para los Beninos, y para casi todos los Africanos que viven entre los trópicos, lo que el trigo para los Europeos; y por consiguiente importa estimularlos á la cultura de esta planta: y para sacarlos de su indolencia y de la apatía general que les es comun, se hace todos los años una especie de milagro que les promete buen suceso de sus trabajos. Despues de sacrificadas las víctimas, traen delante del Rey una vasija de barro cocido al sol, un poco de tierra y un igname de la última cosecha. El Príncipe á presencia de todos sus vasallos pone la raiz en la vasija, la cubre con tierra, y en seguida entonan cánticos y forman danzas. Mientras que el pueblo está enagenado con sus regocijos, los Fidores de la confianza del Rey, ponen, en lugar de la primera vasija, otra igual con un igname ya muy crecido; y el pueblo se admira de este progreso repentino, en el qual cree firmemente.

Las fiestas particulares no tienen épocas determinadas; porque dependen de las ca-

sualidades , de la voluntad y de las facultades de los sugetos: bien que regularmente las celebran en honor de sus deudos difuntos. El Rey celebra dos cada mes , en las quales perece un número indeterminado de víctimas , esclavos y animales. Antes que fuese muy grande en esta tierra el comercio de esclavos , el Rey y los ricos sacrificaban muchos esclavos y todos los prisioneros de guerra ; pero desde que este comercio ha tomado mas vuelo, y les proporciona los géneros Europeos , que han venido á serles de primera necesidad , se han hecho mas económicos de sangre humana ; pero han dado en otro exceso tan reprehensible , qual es el de vender los esclavos y los prisioneros de guerra , reservando para los sacrificios los estropeados , los contrahechos , y aquellos de que no pueden sacar partido.

Los menos acomodados , los que no tienen esclavos , ó tienen los precisos para su uso , porque en esto consiste la riqueza de aquella tierra , solo sacrifican animales á proporcion de sus facultades. La clase mas necesitada es admitida á reunirse á las fiestas del Rey y de los ricos ; y se contenta con

ofrecer cocos y otros frutos, vino de palma, otro licor que sacan de una especie de palma, ó aguardiente.

En 1787 presencié una fiesta de ignames y dos fiestas particulares. Una de estas últimas se dió en casa del Rey, y se sacrificaron en ella 15 hombres, 15 chivos, 12 carneros y 15 gallos. La otra se celebró en casa del Capitan de guerra Jabu, uno de sus quatro Ministros, y matáron en ella tres hombres, un toro, un chivo, un carnero y tres gallos, y con las mismas ceremonias que en la del Rey, sino que el número de víctimas era menor, y con menos aparato. Voy á contar algunas particularidades de esta última que pude observar con mas atencion porque hubo menos confusion en ella.

Algunas horas antes de la funcion el Ministro, acompañado de su comitiva, fue á casa del Rey; y su comitiva se componia de muchos músicos, de los quales unos tocaban una corneta larga, otros flautas falsas y disonantes, otros timbales de cobre; iban despues Fidores, de uno, de dos y de tres collares, los quales precedian inmediatamente al Ministro, detras del qual iban una do-

cena de sus mugeres, que me dixéron ser sus favoritas íntimas y las del momento. Iba él ricamente vestido á la manera del pais, y llevaba un gran cuchillo oval, y terminado su cabo por un ancho anillo fixo. Su vestido consistia en muchas piezas de tela de varios precios, rodeadas unas sobre otras al cuerpo, y que caían poco mas abaxo de las rodillas; lo demas del cuerpo desnudo, á excepcion de su collar de coral de tres hilos, y de muchas ágatas y vidrios: y la cabeza adornada de algunas plumas de garza, y otras varias. Sus mugeres, vestidas como él, iban tan cargadas de collares que tenian casi cubierto el pecho. Sus cabellos artificiosamente peynados, y divididos en trenzas, adornados con coral, formaban un número indefinido de anillitos.

El Capitan de guerra quedó en casa del Rey como cosa de cinco quartos de hora, despues de lo qual se volvió en el mismo órden á su casa; pero fue acompañada su marcha de circunstancias curiosas y preparatorias de la ceremonia. Apenas estaba á mitad del camino quando de repente imitando el andar de un beodo que se va á

caer, iba de un lado á otro ácia el pueblo, que huia á toda priesa. Executó esta comedia tres veces, y cada vez tiraba en alto su cuchillo, y le cogia por el mango con mucha destreza.

Quando llegué delante de su puerta, y antes de su tercera inspiracion, me hizo seña de que le siguiera; pero yo no pude hablarle. Me entraron á una sala donde estuve mas de media hora, en compañía del Fidor á quien estaba encargado, y de un carnero cuyo destino inmediato estaba yo muy distante de preveer. Al cabo de este tiempo vi llegar todas las mugeres del Ministro, en número de 400; las quales me parecieron bastante lindas y bien formadas, y cuyo color variaba desde un negro muy obscuro hasta un color amarillento: de donde inferí que eran de diferentes paises. Excusado es decir que ellas me miraron con tanta atencion como yo puse en mirarlas.

Despues me llevaron al lugar de la ceremonia, que es un patio de 80 á 100 pies de largo, y como cosa de los dos tercios de ancho. En uno de sus extremos habia un techado; baxo el qual habia un altar poco

diferente de los nuestros, adornado por cada lado con dos grandes colmillos de elefante, sobre los cuales eché de ver unas figuras toscamente esculpidas, que me pareció que no tenían otra aplicacion que el capricho del artífice. Las mugeres del Ministro estaban puestas á cada lado del altar en los escalones, y á sus pies á la derecha estaba el Ministro sentado en un asiento de madera, y me hizo poner al lado opuesto con el Fidor que me cuidaba. Delante de mí estaban los Fidores sentados en bancos, los animales destinados al sacrificio estaban á la izquierda, y el otro lado y el extremo opuesto al altar estaban llenos de gente del pueblo. Hasta entonces no habia yo visto ninguna víctima humana.

A una señal que hizo el Capitan de guerra empezó la funcion con un canto triste y monótono, executado por el pueblo, que se acompaña, no baiendo las manos, sino frotándoselas. Acabado este primer canto, sonó al extremo opuesto un ruido que llamó mi atencion; y vi tres Negros, desnudos casi del todo, con las manos atadas á las espaldas, y en la boca un hueso de no sé que

animal, atado por los dos extremos á un cordel anudado detras de la cabeza. Todos los Negros me aseguraron que estas víctimas no son delinquentes; y siendo así, ¿por qué les atan las manos á las espaldas? ¿por qué los ponen mordazas? Nunca he podido salir de estas dudas.

La llegada de estos miserables dió lugar á un segundo canto; y acabado que fue, fuéron tres Fidores á tomar de mano del Capitan cada uno un baston de una especie de caña hueca. Los mojaron tres veces en el agujero de las ofrendas, abierto sobre la grada del altar; y retirados luego hácia las víctimas, diéron cada uno de ellos tres golpecitos en la frente á cada una de las víctimas.

El pueblo entonó un tercer canto, que se continuó hasta despues del sacrificio. El sacrificador, que no es un sacerdote, sino un hombre destinado para esto y para cortar la cabeza á los reos, se adelantó en medio, levantó tres veces el sable, y recibida la aprobacion del Ministro, se volvió á las víctimas á las cuales fue cortando sucesivamente la cabeza, despues de haberlos puesto bo-

ca abaxo. Cada cabeza fue presentada al pueblo, y los cuerpos tirados fuera de la ciudad, por los caminos, en donde luego fueron devorados por los buytres, tigres y otras fieras.

Acabada esta ceremonia, degolláron con las mismas ceremonias, poco mas ó menos, los animales, y distribuyéron su carne al pueblo, despues de haber reservado la necesaria para el consumo del Ministro.

En fin, se concluyó la fiesta con las ofrendas que viniéron á presentar los pobres. Se adelantáron uno en pos de otro hasta el pie del altar, se pusieron allí de rodillas, y despues de unas cortas oraciones dichas en voz baxa, echáron en el agujero de las ofrendas pedazos de cocos, de ignames, de bananos y de otros frutos, que regáron con vino de palma y con aguardiente.

---

Este Mercurio y los demas que vayan saliendo se hallarán en el Despacho de la Imprenta Real: en el Real Sitio de Aranjuez en casa de D. Joseph Masarnau; y en Cádiz en la de D. Manuel Navarro.

# ARTICULOS CONTENIDOS

EN ESTE MERCURIO.

## PARTE POLITICA.

Noticias de este mes. . . . . 259

## PARTE LITERARIA.

*Sobre la pesca de las perlas en las Indias*

*Orientales.* . . . . . 323

*Noticia del pueblo de Benin.* . . . . . 339



